

sus fuerzas, despedazadas y aventadas las miserables reliquias de godos y romanos, se perdían por último entre los musulmanes para la historia y para la civilización los tesoros literarios tradicionalmente guardados por los discípulos de Esperaindeo, mientras consentía la Providencia que hallaran asilo en las montañas de Asturias las doctrinas de los sucesores del grande Isidoro, destinadas á fructificar en el seno del cristianismo durante la edad media.

Prosigamos tan interesante estudio en el capítulo siguiente.

obras de Álvaro «conservado allí [en Córdoba] desde los cristianos mozárabes »que lo escribieron» (Proe. al lib. XI); y no otra cosa pudiera deducirse al verle copiar algunas inscripciones que adelante mencionaremos, para demostrar que prosiguió en la Colonia Patricia de los romanos el culto cristiano, y que «desde el tiempo de los godos existió su iglesia» (lib. III, cap. VIII). Sin embargo, son dignas de tenerse en cuenta las palabras del arzobispo don Rodrigo, cuando refiere cómo fué repoblada Córdoba por los cristianos: «Tanta est Urbis illius abundantia, amoenitas, et ubertas, quod auditu praeconio tantae urbis ex omnibus Hispaniae partibus habitatores et futuri incolae, relicti natalibus sedibus, quasi ad regales nuptias cucurrerunt, et sic incolis continuo est repleta, quod domus habitatoribus, non habitatores domibus defecerunt» (lib. IX, cap. XVII). Don Rodrigo no menciona pues á los mozárabes entre los nuevos pobladores. Ni tampoco el rey don Alfonso el Sabio en la *Estoria de Espanna*, donde narra detenidamente estos hechos y los relativos á la conquista de Sevilla, cuyo repartimiento ejecuta por mandamiento de su padre, los nombra una sola vez; lo cual nos convence de que, si podía existir en Andalucía alguna familia, en que se conservase aun sangre mozárabe, ninguna importancia ni significación tenía ya, como pueblo, aquella grey desventurada. Ni vale acotar, para probar lo contrario, con el testimonio del autor del *Carthay*, cuando dice que cercada Córdoba por Fernando III, le dieron los cristianos que estaban en la Axarquía, entrada en la ciudad (pág. 183 del texto árabe, ed. de Tornberg, y 302 de la trad. portug. de Moura); pues que el referido historiador habla en efecto de los cristianos que habiéndose apoderado de la Axarquía por la torre oriental, que lleva aun nombre del *Colodro*, tomado de su escalador, sufrieron allí heroicamente largo asedio hasta que los socorrió San Fernando, quien por la distancia (pues se hallaba en Benavente) y por la crudeza del invierno (que fué de grandes nieves y aguas) tardó mucho más de lo que deseaba. Los cristianos referidos permanecieron en la Axarquía, y la tuvieron por suya desde ocho de enero hasta «la fiesta »de los apóstoles Sant Pedro et Sant Pablo,» 29 de junio de 1226 (*Estoria de Espanna*, ó *Crónica General*, ed. de Ocampo, Zamora, 1541).

## CAPITULO XIII.

### PRIMEROS HISTORIADORES DE LA RECONQUISTA.

SEBASTIAN, SAMPIRO, PELAYO, EL SILENSE, etc.

Los cristianos independientes.—Progresos de la reconquista.—Alfonso II.—La corte de Oviedo.—Alfonso el Magno.—Primeros ensayos históricos.—Sebastian de Salamanca.—Su *Chronicon*: exámen del mismo.—La *Chronica Albeldense*.—Su exposición histórica y crítica.—Sampiro: su *Chronica*. Juicio literario de la misma.—Don Pelayo de Oviedo y el monje de Silos.—Análisis y juicio crítico de ambas *Chronicas*.—Conquista de Toledo.—Influencia de este suceso en la civilización española.—*Chronicas* latinas del siglo XII.—La *Gesta Roderici Campidocti*.—La *Historia compostelana* y la *Chronica Adefonsi Imperatoris*.—Historiadores religiosos: Grimaldo, Renallo, Rodulfo y Juan Diácono.—Observaciones generales sobre el desarrollo de la historia en estas remotas edades.

Dejamos bosquejado el lastimoso cuadro que ofrece al historiador y al filósofo la raza hispano-goda, sometida al yugo del Islam, justificando con este interesante estudio cuantas observaciones llevamos hechas, respecto de la excesiva influencia que en los últimos tiempos se ha pretendido dar á los árabes en la civilización española desde el momento de la conquista. Córdoba, asiento de los Califas, se ha mostrado á nuestros ojos como centro y teatro de ambas culturas: allí hemos contemplado la gran lucha que se traba y sostiene entre el mundo moral de Oriente y el mundo moral de Occidente, entre el Koran y el Evangelio; y combatida

por la astucia y despedazada por la fuerza la nave, generosa y virilmente defendida por los Eulogios y los Álvares, la hemos visto finalmente arrojada tras largas tempestades á las abrasadas arenas del África, donde no habia ya amparo ni salvacion para aquellos desventurados náufragos, que abrazados á la cruz, resistieron con tal constancia el furioso embate de enemigas olas. La raza mozárabe se extingue y desaparece por efecto del edicto de Ali-ben-Yuzeph <sup>1</sup>, como tres siglos y medio adelante desaparece el pueblo hebreo de la Península Ibérica, y como ciento diez y ocho años más tarde se extingue la grey musulmana, vencida y postrada del todo en los últimos dias del siglo XV por la espada de los Reyes Católicos.

Pero si en tan porfiada contienda sucumbe bajo el imperio de los musulimes esta parte tan desdichada como noble de los antiguos pobladores de España, sin que le sea dado recabar con las armas la independenciam de sus mayores, ni ose en medio de los disturbios, á que la arrastran las discordias sarracenas, capitanear ninguna insurreccion, prueba evidente de la postracion material en que vivia <sup>2</sup>, no por eso fueron estériles su abnegacion y

<sup>1</sup> Para completar en lo posible los documentos relativos á este hecho importantísimo en la historia de la civilizacion española, parécenos bien recordar aqui el testimonio de la *Chronica Adefhonsi Imperatoris*, en que Ali (Rex Hali) aconseja á su hijo Yusuf (Texufinus) algun tiempo despues del referido edicto, que cuantos cristianos pudiera aprehender, los enviase al África: «Viros bellatores christianorum et mancipia, et pueros et mulieres honestas, et puellas quascumque ceperis, mitte trans mare» (Lib. II, núm. V, XLII de la *Chronica*). Tras estos notabilísimos hechos, que descubren la política de Ali, encaminada al exterminio del cristianismo, narra la *Chronica* la venida á España de los *muzmotos*, y consignados los estragos que ejecutan en Sevilla y otras ciudades fuertes (civitates munitas) y poblaciones de la Bética, dice: «Et occiderunt nobiles eius et christianos, quos vocabant muzarabes..., qui ibi erant ex antiquis temporibus, et acceperunt sibi uxores eorum, et domos et divitias» (Id., núm. CI). Refiriéndose por último á los cristianos llevados por Ali y su hijo al África, observa: «Quo tempore (1147) multa millia militum et peditum christianorum, cum suo episcopo et cum magna parte clericorum, qui fuerant de domo Regis Hali et filii eius Texufini, transierunt mare, et venerunt Toletum.» La poblacion cristiana huia pues de las regiones andaluzas, donde era ya imposible su existencia.

<sup>2</sup> El docto Mr. Rosseuw de Saint Hilaire observa sobre este punto: «Dans

su patriotismo, excitando la memoria de su esclavitud y la fama de sus infortunios el ya probado esfuerzo de aquellos incansables guerreros, que iban palmo á palmo reconquistando el perdido territorio de la Península.

Grandes habian sido, en efecto, los pasos dados por los cristianos independientes durante aquel largo periodo de tribulacion, de prueba y de agonía para los mozárabes. Desquiciado en Guadalete el trono de Ataulfo, y despedazada la púrpura de Recaredo en los hombros del rey don Rodrigo, cuya progenie visigoda ha sido puesta en duda <sup>1</sup>, ni hallan respiro los que responden al grito salvador de Pelayo en la apremiante necesidad de la guerra, ni logran tampoco en aquellos supremos instantes tregua ni descanso, para proseguir cultivando las artes de la paz, lejanas siempre de los campamentos. Habíanse recogido sin embargo en las enriscadas montañas de Astúrias, con las reliquias de los santos y las preseas de los templos, las inmortales obras de Isidoro y de sus discípulos; y si no era posible en medio de tantos azares y peligros volver tranquilamente la vista á los estudios de las letras, que sólo debian reanudarse de lleno, cuando, constituida ya la nueva república, hallaran aquellas verdadero asilo en el retiro de los claustros, conservábase allí con plausible anhelo la vividora semilla, que debia fructificar en breve, como fructificó dos siglos antes en los Padres de la Iglesia española.

toute l'histoire de l'Emirat nous ne trouvons pas l'exemple d'une population mozarabe, qui ait su conquérir son indépendance. Il leur faut, pour remonter au rang de peuple libre, l'appui de la conquête chrétienne» (*Histoire d'Espagne*, lib. V, cap. I).

<sup>1</sup> Estas dudas trascienden á los historiadores árabes. El celebrado Almacari, tantas veces citado, aludiendo al libro de Aben Hayyan que lleva por título *Al-Muctabis*, escribe en el *Kitab-Náfh-Attyb*: «Refieren que Ruderic (ó »Luderiq) no fué de los hijos de los reyes, ni de puro linaje del pueblo godon» (lib. II). Aben-Adhari, en las *Historias de Al-Andalus*, cuya traduccion dá á luz en Granada nuestro amado discípulo don Francisco Fernandez y Gonzalez, añade: «Y en los libros agemies [romanos ó latinos] se lee que Rodrigo no era »de casa real, sino ambicioso usurpador.» etc. (pág. 11). Ni el Pacense, ni despues de él don Rodrigo, hacen sin embargo alusion alguna á este origen de Rodrigo, manifestando unánimes que ciñó la corona, *hortante Senatu* (Isid. núm. XXXIV; Rodrig., lib. III, cap. XXVII).

Pero si no es posible en el tumulto de las armas proseguir con entero reposo las meritorias tareas de los Eugenio é Ildefonsos, de los Bráulios y los Paulos, cuando pelagra el dogma católico en manos de Elipando y de Felix (ya lo hemos demostrado), resuena desde las montañas de Liébana y de Astúrias, para defender su pureza, la fogosa elocuencia de Etherio y de Beato; y aquellos entendidos escritores, que destruyen con la fuerza de su palabra la herejía del metropolitano de Toledo, muestran por una parte que no yacia en olvido la enseñanza de las Sagradas Escrituras, y descubren por otra que no les eran peregrinas las obras de los filósofos, oradores y gramáticos de la antigüedad clásica, conservando fidelísimamente la tradición isidoriana <sup>1</sup>.

Ni enmudeció tampoco la docta musa del cristianismo en los momentos en que hubo menester de ella la piedad de los reyes para legar á la posteridad la memoria de las nuevas basílicas erigidas al Salvador y consagradas por los obispos desterrados de sus provincias; y si no brilló entonces con aquella claridad que habia ostentado en las producciones de Eugenio y de Ildefonso, guardó al menos solícita las formas, de que se habia revestido, enseñando así que aun en medio de los conflictos y sobresaltos que la rodeaban, no le era dado abdicar de aquella preciosa conquista, que debia transmitir, más ó menos adulterada, á los siglos venideros <sup>2</sup>.

No se ahogaban por cierto en medio de tantos afanes los gér-

<sup>1</sup> Hemos notado ya respecto de Isidoro cómo los impugnadores de Elipando siguen estrictamente su doctrina, copiando las definiciones literarias de las *Etimologías*: notable es lo que el mismo Beato escribe respecto de los filósofos, oradores y gramáticos de la antigüedad y de las letras profanas (seculares litterae), refiriéndose á los misterios del cristianismo: «Hoc Plato doctus nescivit; hoc Tullius eloquens ignoravit: hoc fervens Demosthenes nunquam penitus indagavit. Aristotelica hoc non continet pineta contorta; Crisippi hoc non retinet acumina flexuosa. Non Donati ars artis regulis indagata nec totius grammaticorum oliva disciplina.» Claro y evidente parece que quien de esta manera califica á los escritores de la antigüedad, ya por autoridad propia, ya siguiendo la de Eucherio, á quien menciona, debia conocerlos y estudiarlos (*España Sagrada*, tomo IX, pág. 133).

<sup>2</sup> Véase el siguiente capítulo, y para mayor amplitud la ilustración 1.<sup>a</sup> de este volumen.

menes de las ciencias ni de las letras, ni menos llegaba á quebrantarse la veneranda tradición de los estudios; pero dominados los cristianos independientes por la fuerza de los sucesos y por la necesidad constante de asegurar su existencia, ensanchando los límites de la naciente monarquía, sólo fué y debió ser la guerra su ocupación diaria y preferente ministerio, causándonos verdadera maravilla el espectáculo que presenta la difícil obra de la reconquista en aquel trabajoso y largo período. Conveniente es consignarlo desde luego: si los ejércitos de Pelayo y de Alfonso el Católico hallan á los mahometanos divididos por el fuego de la anarquía, logrando á merced de sus discordias echar los cimientos al nuevo imperio,—instituido ya el Califato, que ostenta una serie de príncipes, á quienes no puede negar la historia el galardón de los repúblicos ni el lauro de los guerreros, crecen, con las angustias de los cristianos, las dificultades de la colosal empresa, que animados de la más alta esperanza habian acometido, siendo por tanto más dignas y meritorias la fé y la perseverancia que en medio de tantos peligros los alientan y sostienen. Y es todavía mayor la gloria de aquellos esforzados paladines de la religión y de la libertad, cuando se considera que durante la época más floreciente del Imperio árabe-español se afirman y ensanchan por todas partes los dominios cristianos; é impotentes para reprimir sus progresos, miran los Califas levantarse sucesivamente nuevos Estados, que robustecidos por una y otra victoria, van cercenando de día en día el territorio de sus provincias, repeliéndolos de mar á mar sobre las regiones meridionales.

Hay, sin embargo, un momento, en que los heroicos esfuerzos de Abd-er-Rahman III y las cien victorias de Mahommed-ben-Abdallah, valeroso caudillo que restaura y mantiene sobre sus hercúleos hombros el Imperio de los árabes, reducen á los cristianos al último extremo. Pero al cabo la mano invisible y omnipotente que pelea en Covadonga por la salud de Pelayo y de los suyos, derrocaba en la colina de los Buitres (Calat-al-Nazor) al coloso del Mediodía; y mientras herido por el hierro cristiano espiraba Almanzor en Medinaceli, era la corte de los Califas presa de horribles convulsiones, en que se desvanecían, como el humo, la cultura y gloria de los Abd-er-Rahmanes. Eclipsado el astro

del Califato en el punto mismo en que parecía más radiante y esplendoroso, caía pues desplomado el señorío de los Omniadas, cuando amenazaba aherrojar de nuevo la Península entera al carro de sus triunfos; y perdido ya todo equilibrio entre el cristianismo y el Islam, eran diariamente despojados los sarracenos de extendidas comarcas, volando por último los estandartes de Alfonso VI sobre los muros de Toledo.

Extraordinaria fué la importancia de tan memorable acontecimiento en la historia de las armas españolas, y no menor efecto produjo en la historia de la civilización, modificando hasta cierto punto cuantos elementos de cultura abrigaban los cristianos independientes. Mas ¿cuál había sido hasta darle cima, la suerte de las letras en aquellos Estados, que habían llevado tan laboriosa existencia?—Los que se han propuesto escribir sobre los orígenes de la literatura castellana, propiamente hablando, sólo han visto oscuridad y tinieblas en aquel largo período de la restauración cristiana, sólo han tenido lástima ó desden para las obras dadas á luz en medio de tantos conflictos; y sin embargo en ninguna parte se veía bosquejada con más propio colorido la sociedad que las produce. Porque debe tenerse muy en cuenta: así como en las creaciones de las artes se vá reconociendo por ventura que no se interrumpe en modo alguno la tradición de los antiguos tiempos<sup>1</sup>, así también en los frutos de las letras ha debido descubrirse esa misma filiación y procedencia, y que alterados por la fuerza de los hechos los elementos externos que las constituyen, van de

<sup>1</sup> Conocidos son, cuando damos á la prensa estos capítulos, los estudios que hemos realizado respecto de las artes visigodas en el libro del *Arte latino-bizantino en España*, ya antes citado; mas para que no se juzgue que apelamos sólo á la propia autoridad, trasladaremos aquí las palabras del respetable historiador de la *Arquitectura española*: «Los naturales del norte de la Península (dice) y los que á su lado buscaron un asilo contra la persecución de los árabes, al emplear este género de arquitectura (el de los primeros templos edificadas por los reyes de Asturias) no hicieron una nueva adquisición: conservaron sólo la herencia de sus padres, que les había sido directamente transmitida: la poseían sin interrupción, sin que el tiempo, ni la distancia hubieran podido alterarla» (Caveda, *Ensayo Hist. sobre la Arquitectura española*, cap. IV).

dia en día modificándose sus caracteres, hasta producirse, respecto de los medios expositivos, una transformación completa, que reflejando todavía con mayor fidelidad la cultura cristiana, personificara en la esfera de la inteligencia los repetidos triunfos alcanzados en el campo de batalla.

Mas los que han tenido en poco las producciones de aquellas lejanas edades, no repararon por cierto en que, sobre no alegar mayores títulos de cultura literaria las demás naciones de Europa, que recibían por el contrario no exigua enseñanza de la Península<sup>1</sup>, desde el momento mismo en que le proporcionan sus victorias algún respiro, comienza á germinar de nuevo la semilla de las letras y de las artes en el suelo de Asturias, recogiendo al abrigo de los monasterios erigidos por la piedad de aquellos reyes y caudillos, que sin desceñir el hierro ni arrimar la espada, ambicionaron también la gloria pacífica, que debía inmortalizar sus nombres, no menos que sus heroicas proezas<sup>2</sup>. Así Alfonso I, terror de los mahometanos, mientras arrebató al poder del Islam numerosas ciudades y comarcas, restituía á sus desiertas sillas los obispos, y dotaba sus iglesias de preseas y libros para el culto, ganando con justicia, no sólo el nombre de *Vencedor*, mas

<sup>1</sup> Véase el cap. XV del presente volumen. No se olvide entre tanto que comprendiendo el Imperio visigodo del lado allá del Pirineo toda la Galla Narbonense, echó allí profundas raíces, como en toda España, la civilización que personifican Isidoro y sus discípulos, y que no destruidas por la conquista sarracena las instituciones debidas al IV concilio toledano, debieron fructificar los gérmenes de cultura que encerraban, en aquellas venturosas comarcas que iba á inmortalizar en breve la musa de los trovadores.

<sup>2</sup> Hemos notado en el anterior capítulo que el príncipe Aldelgastro fundó el célebre monasterio de Obona en el año de 780 (Era 818): en el testamento ó escritura de fundación, después de dar razón de los bienes que le adjudica, leemos: «Damus... et lectionarium, et responsorium, et duos psalterios et uno Dialogorum (son los de San Gregorio), et passionarium, et una Regula de ordine Sancti Benedicti» (*España Sagrada*, tomo XXXVII, pág. 308). Antes había hecho Alfonso el Católico análogas donaciones, al fundar el monasterio de Covadonga (año 740, Era 778), mencionando otros monasterios, tales como el de San Miguel y el de San Vicente mártir (Id., id., págs. 303, etc.). Como veremos luego, estas fundaciones, por el estado general de la civilización y por la significación de la regla de San Benito, tenían extremada importancia en el fomento de la cultura.

también el de *Católico*, que le enlazaba directamente con la civilización representada por Leandro é Isidoro: así Alfonso II, halagado igualmente por sus numerosos triunfos, mientras congrega Carlo-Magno en su corte á los más distinguidos varones de su tiempo, dando vida á aquella especie de renacimiento literario que apenas deja huellas después de su muerte <sup>1</sup>; mientras Al-Hakem y Abd-er-Rahman II engrandecen con suntuosas fábricas de maravillosa arquitectura la ciudad de Córdoba, prosiguiendo respecto de las letras y las ciencias la obra inaugurada por el primer Califa <sup>2</sup>,—atiende con extremada solicitud á exornar de palacios, baños y acueductos su nueva corte de Oviedo; y al paso que restaura con extraordinaria magnificencia el templo de San Salvador, levantado por Fruela, su padre, erige á su alrededor otras no menos celebradas basílicas <sup>3</sup>, congregando en su corte cuantos prelados buscaban asilo en los valles de Asturias, huyendo de la persecución mahometana. Oviedo, que según la expresión de los Padres del concilio celebrado en 811, se alzaba en lugar

1 «Les lettres encouragées et renouvelées en France par Charle-Magne, mais trop exclusivement consacrées á un seul objet, n'eurent pas le temps de jeter des racines: elles ne produisirent presque aucun fruit: elles se retrouvèrent apres ce grand effort, telles qu'elles étaient auparavant, et dans le même état d'inertie et de nullité» (Ginguené, *Hist. Litt. d'Italie*, lib. II, cap. I).

2 San Eulogio escribía, hablando de Abd-er-Rahman: «Cordubam vero quae olim Patricia dicebatur, nunc sessione sua Urbem regiam appellatam, summo apice extulit, honoribus sublimavit, gloria dilatavit, divitiis cumulavit, cunctarumque deliciarum mundi affluentia (ultra quam credi vel dici fas est) vehementius ampliavit» (*Mem. Sanct.*, lib. II, cap. I).

3 Puede consultarse al propósito, demás del *Ensayo histórico de la Arquitectura española* de Caveda, y el tomo de Asturias de los *Recuerdos y Bellezas de España*, la Monografía de la *Cámara santa de la catedral de Oviedo*, que damos á luz en los *Monumentos arquitectónicos de España*. El estudio arqueológico de todos estos monumentos manifiesta cuán aventuradamente, cediendo al propósito de hacernos del todo tributarios de la Francia, ha asentado un muy docto escritor de nuestros días, como prueba decisiva de sus asertos, que no se halla en España vestigio alguno de una iglesia anterior al siglo XII (Damás-Hinard, Introd. al *Poème du Cid*, Paris, 1858). Remitimos también á este sabio escritor al *Arte latino-bizantino en España*, donde hallará testimonios abundantes de lo contrario (Madrid, 1861).

de Toledo como cabeza de la España cristiana <sup>1</sup>, veía también renacer con la gloria de las artes los estudios eclesiásticos; y enriquecidas sus iglesias con los preciados tesoros de la literatura hispano-visigoda [libros góticos], que merecía con entera exactitud título de isidoriana, constituíase naturalmente en centro intelectual de la nueva monarquía, así como era ya cabeza de sus dominios <sup>2</sup>.

Animado de igual celo acude á fomentar la renaciente cultura del pueblo cristiano el esclarecido príncipe que merece por vez primera el título de *Magno* entre los reyes españoles; y ya edificando nuevas basílicas, consagradas por los obispos que lloran en la cautividad sus propias iglesias <sup>3</sup>, ya levantando monasterios,

1 Simili etiam modo Toletus totius Hispaniae antea caput extitit, nunc vero Dei iudicio cecidit, cuius loco Ovetum surrexit.» Algunos escritores nacionales han negado la autenticidad de este concilio: el erudito Risco, oponiéndose al sentir de Florez, la dejó no obstante comprobada (*España Sagrada*, tomo XXXVII, págs. 166 y sigs.).

2 Tal debía ser naturalmente la fuerza de los sucesos: de los libros donados á la iglesia de Oviedo por Fruela I, menciona Ambrosio de Morales un *Santoral*, que existía en su tiempo, donde se leía en diversos principios de capítulos: «Froylani principis liber» (*Coron. Gen.*, lib. XIII, cap. XVIII). En el testamento de su hijo don Alfonso el Casto se lee, después de especificar las preseas y ornamentos que dejaba á dicha iglesia: «Et librorum bibliotheca» (*Esp. Sag.*, tomo XXXVII, apénd. VII). Del mismo escribía el Silense: «Ecclesias... auro, argento, lapidibus preciosis, ac sacrae legis libris ornare devote studuit» (núm. XXVI). El rey don Alonso, el Magno, de quien á continuación hablamos, decía también en su testamento: «Concedimus in primis ex facultatibus nostris praefatae ovetensi ecclesiae ornamenta aurea, argentea, eborrea, auro texta: pallia et sirga plurima: libros etiam divinae paginae plurimos» (*España Sagrada*, loc. cit., apénd. XI). Curioso es examinar sobre este punto las escrituras de fundación de los monasterios, donde, como nos prueba la de Aldelgastro, uno de los principales objetos de su dotación eran las bibliotecas, enriquecidas luego con el incesante trabajo de los monjes, á quienes cabía el oficio de *antiquarios*, conocido ya de los lectores.

3 Uno de los hechos históricos más dignos de tenerse en cuenta para fijar el estado de la cultura cristiana en esta primera edad de la reconquista y las relaciones que la nueva monarquía de Pelayo guardaba con el resto de la Península, sometida al yugo del Islam, es la existencia en Asturias de los obispos de diferentes diócesis, situadas á larga distancia de aquellos valles

donde hallaban seguro asilo las ciencias y las letras <sup>1</sup>, ya honrando con su amistad y cariño á los prelados y sacerdotes que más

Levantada por Alfonso el Casto la basílica de San Salvador de Oviedo, era esta consagrada por los obispos de Braga, Iria, Leon, Salamanca, Orense y Calahorra (802); celebrado el concilio de Oviedo nueve años despues, aparecian entre los obispos de Astúrias y Galicia, no solamente los de las diócesis de Portugal no rescatadas, tales como Viseo, Lamego y Porto, sino tambien los de Astorga, Leon, Palencia, Segovia, Osma, Ávila y Salamanca: al consagrar Alfonso III la basílica de Santiago en Compostela (876), se contaban hasta diez y seis obispos, nueve de los cuales tenian sus sillas en Auca, Salamanca, Coria, Coimbra, Lamego, Viseo, Braga, Oporto y Zaragoza: cuando el referido príncipe edifica por último la iglesia de Valdedios (892), la consagran al culto los obispos de Dumio, Coimbra, Iria, Astorga, Lamego, Lugo y Zaragoza. Es pues innegable que refluyendo á las montañas asturianas sucesivamente los prelados de las más apartadas comarcas, para buscar en ellas asilo á las persecuciones mahometanas, eran frecuentes las relaciones de los cristianos independientes y los mozárabes, acaudalándose cada día la monarquía asturiana, así con la ciencia de aquellos respetables varones, como con los tesoros literarios que lograban rescatar del cautiverio.

<sup>1</sup> Llamamos aquí sériamente la atención de los lectores respecto de lo que significaba en esta edad y en siglos posteriores hasta la creación de los *Estudios Generales* (de que en su día trataremos) la fundación de los monasterios. Siguiendo el espíritu de la *Regla de San Benito*, en otro lugar examinada (cap. VII, pág. 299 y siguientes del tomo I), equivalía la institución de cada una de estas casas á la creación de una doble escuela, donde no solamente hallaban enseñanza los que seguían el clericalato, sino tambien los hijos de los príncipes y de los nobles. Sólo de esta manera se comprende en aquellos tiempos la organización de los estudios, que propagándose despues á las iglesias catedrales, llegan por último á secularizarse con la creación de las universidades literarias (Véase el cap. V del siguiente volumen); no siendo ya un misterio histórico las relaciones que hallamos en las crónicas coetáneas respecto de la educación de los hijos de los reyes y magnates. El docto Mariana, considerando la utilidad, significación é importancia de estas escuelas, escribía: «Antiqua Benedictinorum coenobia Scholae publicae erant, ad iuventutem erudiendam a viris sanctissimis constitutae. Ex his monasteriis, velut ex arce sapientiae innumeri viri prodierunt, utriusque philosophiae cognitioni praestantes divinae et humanae» (*De Puerorum Institutione*, lib. I, cap. I). Así pues, siempre que en estos tiempos se trata de la fundación de un monasterio, se habla de un centro de ilustración y de cultura, siendo obra tan meritoria como la creación de los *Institutos de segunda enseñanza*, abiertos á la juventud española en estos últimos años.

se distinguían por su saber y talento, dirigiase el tercer Alfonso á refrescar, robustecer y perpetuar las tradiciones de su pueblo con el auxilio de la historia. Reducida esta en el retiro de los monasterios y basílicas á los fugaces, breves ó incompletos apuntamientos de los *Cartularios*, *Necrologios*, *Leccionarios*, *Calendarios* y *Santorales*, sólo habían podido ser consignados de una manera tan incoherente como fortuita, ora los grandes desastres, ora las prodigiosas victorias de las armas asturianas, dando así claras señales de la tribulación y ansiedad, en que se había vivido durante los primeros días de la reconquista. Desde este momento se iba pues á reanudar la tradición de los estudios históricos, hallando benévola acogida en el episcopado aquel generoso pensamiento, que tres siglos y medio despues debía tener cumplido desarrollo en la corte de otro Alfonso, á quien saluda la posteridad con el renombre de *Sabio*. Mas si procuraba tan celebrado monarca despertar en su pueblo el amor á las letras, recordándole al par las proezas que llenaban el gran período trascurrido desde la invasión sarracena, resonando tambien su noble acento en el fondo de los monasterios, renacia en ellos aquel levantado espíritu que había inflamado en Córdoba la pluma de Eulogio, llegando á ser el heroísmo y la virtud, la religión y la guerra únicos objetos de la historia, así como lo eran ya sin duda de los cantos populares.

Esta manera de poemas que celebraban las hazañas de los héroes cristianos, rudos como la muchedumbre que los entonaba, vagos y pasajeros como el medio con que tendían á perpetuarse, no podían satisfacer sin embargo los ilustrados deseos del tercer Alfonso: conociendo la historia de los antiguos reyes visigodos que le había presentado por medio del presbítero Dulcidio el obispo Sebastian de Salamanca, sentía nacer en su pecho el anhelo de que fuesen dignamente consignados los gloriosos hechos de sus predecesores, condenados al silencio por la pereza de otros días; y formulando el pensamiento, que sobre tal punto abrigaba, en una carta dirigida al referido Sebastian, poniale delante el ejemplo de Isidoro de Sevilla, para que conforme á las memorias conservadas por los ancianos, se reanudase la historia de los godos desde el tiempo en que tan esclarecido varón había dado fin